

## CAPITULO XVI

FIN

When darkness gathers over all,  
And the last tottering pillars fall,  
Take the poor dust Thy mercy warms,  
And mould it into heavenly forms.

O. WENDELL HOLMES (1).

I hear a voice you cannot hear,  
Which says I must not stay;  
I see a hand you cannot see,  
Which beckons me away.

TICKELL (2).

O life! O death! O world! O time!  
O grave, where all things flow!  
This yours to make our lot sublime,  
Vit your great weight of woe.

This is our life: while we enjoy it we  
lose it like the sun, which fier swifter  
than an arrow; and yet no man perceives  
that it moves... Is not earth turned to  
earth; and shall not our sun set like theirs  
when the night comes?

HENRY SMITH (3).

El joven entra en la vida alegre y entusiasmado. Ante él está el mundo esmaltado, como una lejana perspectiva dorada por el sol. Pero el tiempo mitiga en breve su entusiasmo. No puede llevar consigo la frescura de la mañana a través del día, para tenerla por la noche. La juventud pasa, madura la edad y, por ultimo, tiene que resignarse a ser viejo.

(1) Cuando la obscuridad caiga sobre todo, y caigan las últimas bamboleantes columnas, coge el pobre polvo que tu misericordia calienta, y modelalo en formas celestiales.—O. WENDELL HOLMES.

(2) Oigo una voz que no podéis oír, que dice que no debo quedarme; veo una mano que no podéis ver, que me hace señas para que me vaya.—TICKELL.

(3) ¡Oh vida! ¡oh muerte! ¡oh mundo! ¡oh tiempo! ¡oh tumba, en quienes todo fuye! a vosotros corresponde hacer sublime nuestro destino con vuestro gran peso de dojar.

Esta es nuestra vida, mientras gozamos. Declinamos en ella como el sol, que vuela más rápido que una flecha, y no obstante ningún hombre nota que se muere... ¿No vuelve la tierra a la tierra, y no se ha de poner nuestro sol lo mismo que el de ellos cuando llegue la noche?—HENRIQUE SMITH.

Pero el fin es el resultado de su vida pasada. Las palabras y los hechos son irrevocables. Forman parte de su carácter y trascienden al porvenir. El pasado siempre está presente en nosotros. «Todo pecado—dice Jeremías Taylor—sonríe al primer obsequio y lleva resplandor en su rostro y miel en sus labios.» Cuando madura la vida, y no cesa el pecador en sus malas acciones, sólo puede mirar hacia su ancianidad temeroso y deseperado.

Pero los buenos principios, por otro lado, forman una armadura que ninguna arma puede perforar. «La verdadera religión—dice Cecil—es la vida, la salud y la educación del alma, y quien la posee realmente, está fortalecido con especial estímulo para toda palabra y obras buenas.»

No obstante, todos tenemos que irnos; y el lugar que nos conocía no nos conocerá más. Siempre está a mano el mensajero invisible, «el mensajero—dice Carlyle—que alcanza lo mismo al trabajador y al ocioso, que detiene al hombre en medio de sus placeres u ocupaciones y cambia su aspecto y le despide.» «El pobre Eduardo—dijo Balzac—ha sido parado en las cavernas de la vida. Ha empezado a enviar sus carruajes y sus *jockeys* en embajada al soberano más grande del mundo subllunar: la muerte.»

A todos les llega. Cada día cavamos nuestras tumbas con nuestros dientes. El reloj de arena es el emblema de la vida. Mengua lentamente, hasta el último e inevitable grano, y, después, se sucede el silencio: la muerte. Hasta el monarca marcha sobre las tumbas de los antepasados para ser coronado; y es después conducido sobre ellos a su sepulcro.

Cuando Wilkie visitó el Escorial, viendo el célebre cuadro del Ticiano, la *Ultima Cena*, un anciano jerónimo le dijo: «Me he sentado diariamente a la vista de este cuadro por espacio de treinta años. Durante ese tiempo han caído mis compañeros, uno tras otro; todos los que eran mayores que yo, todos los que eran mis contemporáneos, y muchos, o la mayor parte, de aquellos que eran más jóvenes que yo. ¡Ha desaparecido más de una generación, y allí se han conservado inalterables los retratos en ese cuadro! Los miro hasta que a veces creo que ellos son la realidad y que nosotros no somos más que sombras.» Y, no obstante, llegó el día en que el mismo monje anciano fué llevado.

Los ancianos tienen que dejar el puesto a los jóvenes, y éstos también a otros hombres que son más jóvenes que ellos. Cuando el tiempo ha tirado bastante de nosotros, no hacemos sino vegetar; somos una carga para nosotros mismos y para los demás, y, lo que es peor que todo, sentimos un anhelo por una vida más larga todavía. «Cuando miro a mi alrededor a muchos

ancianos—dice Perthes—, me recuerda la disputa de Federico *el Grande* con sus granaderos, quienes le objetaban ir a una muerte segura. «¡Cómo, grandísimos perros! ¿querriais seguir viviendo eternamente?» (1).

Ciro *el Grande* había puesto sobre su sepulcro estas palabras: «¡Oh mortal! quienquiera que seas, y de dondequiera que vengas (porque sé que has de venir), yo soy Ciro, el fundador del Imperio persa; no me envidies el pequeño montón de tierra que cubre mi cuerpo.» Alejandro *el Grande* visitó el sepulcro y le afectó mucho la inscripción, que ponía ante él la inseguridad y las vicisitudes de las cosas del mundo. El sepulcro fué violado, y Alejandro hizo dar muerte al autor del sacrilegio.

La única cosa discreta que se recuerda de Jerjes fué la reflexión que hizo a la vista de su ejército de más de un millón de hombres sobre las armas, que ninguno de esa inmensa multitud viviría cien años. El pensamiento parecía ser un reflejo momentáneo de verdadera luz y sentimiento (2).

Dijo Pericles en el último instante de su vida, que, mientras estaban todos a su alrededor elogiándole por cosas que otros pudieron haber hecho lo mismo que él, no tenían presente la parte más grande y honrosa de su carácter, «que por culpa suya jamás había habido un solo ateniense que hubiera tenido que llorar».

La desesperación se apodera de los espíritus de los hombres cuyos deseos son ilimitados, y que al fin hallan un límite para su ambición. Alejandro lloró porque no había más reinos que pudiese conquistar. Lo mismo sucedió con Mahmoud, el Ghiznevide, primer conquistador de la India. Cuando se sintió morir, hizo que ante él se le desplegasen todos sus tesoros de oro y de joyas. Cuando posó sus miradas sobre ellos, lloró como un niño: «¡Ay! —dijo—, ¡cuántos peligros, cuántas fatigas de cuerpo y alma he pasado para adquirir estos tesoros, y cuántos desvelos para conservarlos!» Fué enterrado en su palacio, en el cual creíase después que vagaba en pena su alma infortunada.

Otro tanto puede decirse del desgraciado fabricante de Manchester que había acumulado una inmensa fortuna y que en su lecho de muerte hizo que le llevaran un montón de libras esterlinas, haciéndolas colocar sobre su cobertor. Las miraba y acariciaba amorosamente, saciando su mirada en ellas, llenando sus manos con ellas y dejándolas caer como lluvia unas sobre otras, recreando sus oídos con esa música. Cuando murió, no era por cierto más rico que el mendigo que llamaba a su puerta.

(1) *Vida de Perthes*, II, 473.

(2) Por la muerte de Nino, el gran monarca de Asiria, véase el *Holy Dyng*, de JEREMÍAS TAYLOR, capítulo I, sección II.

La muerte de Carlos IX de Francia fué terrible. Había autorizado la matanza de los hugonotes en la espantosa noche de San Bartolomé, y en sus últimos instantes fué perseguido por sus horrores. «No sé por qué—dijo a su médico Ambrosio Paré—, pero en estos últimos momentos me siento como con fiebre. Mi cuerpo y mi espíritu se encuentran molestos. A cada instante, ya esté dormido o despierto, me persiguen visiones de cuerpos asesinados, cubiertos de sangre y de aspecto repugnante a la vista. ¡Oh! quisiera haber perdonado a los inocentes y a los imbeciles.» Murió dos años después de la matanza, y hasta sus últimos momentos estuvieron presentes en su espíritu los horrores de la San Bartolomé.

Sidney Smith visitó una vez a Castle Howard, y detúvose con sir Samuel Romilly sobre las gradas del pórtico. Dirigió una mirada a la bellísima escena que se extendía a su frente, y solamente fijó su vista en el mausoleo de familia, que estaba allí. Después de una larga pausa levantó sus brazos y exclamó: «¡Ah! ¡éstas son cosas que hacen terrible la muerte!»

Cuando se dijo al cardenal Mazarino que solamente tenía dos meses de vida, se puso a pasear por sus hermosas galerías llenas de exquisitas obras de arte, y exclamó: «He de abandonar todo esto. ¡Cuántos trabajos he tenido para adquirir todas estas cosas! ¡Y, a pesar de ello, no podré volverlas a ver más!» Acercósele Brienne, y el cardenal le tomó del brazo diciendo: «Estoy muy débil, no veo.» Y, no obstante, volvía a sus tribulaciones. «¿Veis, amigo mío, esa hermosa pintura de Correggio, y también esa Venus del Ticiano, y aquel incomparable cuadro de Aníbal Carracci? ¡Ah, pobre amigo mío, he de abandonar todo eso! ¡Adiós, queridas pinturas mías que tanto he amado, y que tan caras me habéis costado!» (1).

Pero hay cosas peores que la muerte. No es ésta la peor calamidad que pueda suceder a un hombre. La muerte nivela, pero ennoblece. El amor es más grande que la muerte. El deber cumplido hace que la muerte sea un reposo: la deshonra hace terrible la muerte. «Bendigo al Señor—dijo sir Harry Vane, antes de ser ejecutado en Tower Hill—por no haber desertado yo de la justa causa por la cual sufro.» Cuando sir Gualterio Raleigh fué puesto sobre el tajo, le dijo el verdugo que se colocara con su cabeza hacia el Este. «No importa de qué manera esté la cabeza—contestó—, con tal que el corazón se halle en su puesto.»

Hallándose en la agonía un gran mariscal, le hablaron sobre sus victorias los que lo rodeaban, y del número de banderas que había capturado al enemigo: «¡Ah!—dijo el anciano guerre-

(1) SAINTE-BEUVE, *Causeries du Lundi*, II, 249.

ro—, ¡de cuán poco sirven todas las acciones que llamáis gloriosas! Todas ellas no valen lo que una sola copa de agua fresca dada por el amor de Dios.»

Sir Juan Moore fué derribado en los campos de la Coruña, y el médico acudió en su auxilio: «¡No, no!—dijo—, no me podéis prestar servicio alguno; id a los soldados, a quienes podéis ser útil.» Las últimas palabras pronunciadas por Nelson fueron: «¡Gracias a Dios, he cumplido con mi deber, he cumplido con mi deber!» «Mi amado hijo—dijo sir Walter Scott en su lecho de muerte a su yerno—, sé un hombre de bien, sé virtuoso, sé religioso, sé un hombre de bien. Ninguna otra cosa te podrá consolar cuando te halles donde yo estoy.» «¡Vivid bien!»—dijo al morir Samuel Johnson.

Kant murió a los ochenta años de edad. Conservó sus facultades casi hasta el último instante. Durante su enfermedad habló mucho sobre su cercano fin. «No temo a la muerte—dijo—, pues sé cómo morir. Os aseguro que si yo supiese que ésta había de ser mi última noche, elevaría mis manos y diría: «¡Alabado sea el Señor! No fuera lo mismo si alguna vez hubiera causado la desdicha de algunos de mis semejantes.»

Kant dijo una vez: «Quitadle al hombre la esperanza y el sueño, y lo haréis el ser más desgraciado de la tierra. Sentimos entonces que la abrumadora carga de la vida es más de lo que nuestra débil naturaleza puede soportar, y lo único que nos alienta para ascender la penosa subida de Pisgah, es la gran esperanza de contemplar la tierra prometida.»

Tenemos un solo camino para entrar en la vida y mil caminos para salir de ella. El nacimiento y la muerte no son otra cosa que el engarce de la vida en sí mismo. Dios nos da nuestro ser, y nos confía la custodia de las llaves de la vida. Podemos obrar, trabajar, y amar a nuestros semejantes, y cumplir con nuestros deberes para con ellos. «El medio de juzgar la religión—dice Jeremías Taylor—, es cumplir con nuestro deber. La religión es una verdad divina más bien que un conocimiento divino. Es el cielo de la verdad; debemos ver primero y amar después; pero aquí, en la tierra, debemos amar primero, y el amor abrirá nuestros ojos así como nuestros corazones, y entonces veremos, y percibiremos, y entenderemos.»

Si queremos mirar cara a cara a lo futuro, debemos seguir obrando valerosamente de día en día. La firme esperanza en una existencia después de la muerte, en que las lágrimas serán secadas de todos los ojos, es lo que nos hace poder vivir a través de las penas y dificultades de esta vida. La verdadera riqueza futura de un hombre es el bien que hace a sus semejantes en este mundo. Cuando él muera preguntarán los hombres: «¿Qué

ha dejado?» Mas los ángeles que lo hayan de examinar, le preguntarán: «¿Qué buenas acciones has enviado delante de ti?»

Todas las cosas que existen bajo el sol tienen un fin: la última línea de un libro, el último sermón, el último discurso, el último acto de una vida, la última palabra al morir. «Liberta a mi alma de su prisión, para que yo pueda dar gracias a tu nombre», fueron las últimas palabras de San Francisco de Asís. *Hic jacet* es el epitafio universal. Entonces serán revelados, por último, los secretos de todos los corazones, en el postrero día.

Even such is Time, which takes in trust  
Our Youth, our joys, and all we have,  
And pays us nought but Age and Dust,  
When in the dark and silent grave,  
When we have wandered all our ways,  
Shuts up the story of our days;  
And from which grave and earth and dust,  
The Lord shall raise me up, I trust (1).

(1) También es el tiempo el que toma a su cuidado nuestra juventud, nuestras alegrías, y todo lo que tenemos, y no nos paga sino con edad y polvo cuando encierra en la tumba sombría y silenciosa, después que hemos recorrido todas nuestras sendas, la historia de nuestros días; y de cuya tumba y tierra y polvo, yo sé que me levantará el Señor.